



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Las profundas verdades divinas

Exposición del Mensajero del Eterno

EN la escuela de nuestro querido Salvador nos beneficiamos de maravillosos mensajes de amor, de preciosas exhortaciones llenas de benevolencia y de bondad. Todas esas instrucciones y todas las demostraciones prácticas del Reino de Dios que están puestas a nuestro alcance por la gracia divina, deben dejar en nosotros una profunda impresión.

Al penetrar en nuestro corazón deben producir en nosotros la voluntad de vivir el programa divino; así nos capacitaremos para reflejar a nuestra vez la luz inefable que ha venido a iluminar todo nuestro ser.

Conviene que estemos continuamente animados del profundo deseo de ver establecerse en la tierra el Reino de Dios. Para eso, hay que pensar en él continuamente. Al mismo tiempo es menester hacer lo necesario para que se introduzca en nuestro corazón y a nuestro alrededor, debido al celo que desplegamos por la Casa de Dios.

Si estamos verdaderamente ocupados con todo nuestro corazón en esta maravillosa obra, no podremos dejar vagabundear nuestros pensamientos en las cosas que sostienen el reino de las tinieblas. Al contrario, haremos todo lo posible para ilustrar el Reino de Dios de la buena manera.

La oración tiene como finalidad asociarnos a los pensamientos del Eterno y a su obra lo más íntima e intensamente posible. La oración nos ayuda a desarrollar la sensibilidad del corazón, a tenerle afecto e interés a nuestro prójimo, y la voluntad de abnegarnos en su favor.

Cuando oramos con todo nuestro corazón, pidiéndole al Señor que su Reino se establezca muy pronto en la tierra, nos asociamos de esta manera al pensamiento divino, que es introducir el Reinado de la Justicia. No somos nosotros, pues, quienes en primer lugar emitimos este pensamiento y este deseo, puesto que ya es la voluntad del Señor; pero quiere asociarnos a él de una manera activa, para que seamos sus colaboradores inteligentes.

Por tanto, la finalidad de la oración es muy distinta de lo que se imaginan los cristianos en general, y también su efecto. La oración consiste sobre todo en ayudarnos magníficamente en la transformación de nuestros sentimientos y de nuestra mentalidad.

Antes tenía yo el pensamiento de que, a fuerza de orar a Dios, acabaría por obtener algo. Pues me basaba en un maravilloso ejemplo de perseverancia que el Señor nos da en uno de sus testimonios. El cita el caso de una persona que a medianoche, al ser visitada por un amigo, y no tener para darle de comer, va a casa del vecino y le pide tres panes.

El vecino le responde: „No me molestes, estoy en cama con mis hijos, espera hasta mañana.“ Pero el solicitante no se deja desalentar, y sigue insistiendo con su vecino, no dándole el menor descanso. Harto de lidiar, el vecino se levanta y le da el pan pedido. El Señor añadió: „Os digo que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, se levantará por su importunidad y le dará lo que necesite“. Esta es una lección de perseverancia en los deseos de realizar el Reino de Dios.

Muchas personas al leer esta parábola han creído, y yo también, que si no se insistía de una manera especial ante el Eterno, no se obtenía nada de El. Los adventistas tienen también este concepto; incluso dicen que hay que asediar el trono de la gracia. Esta es una expresión que hace pensar que el Eterno se hace de rogar mucho tiempo, y que es sólo a fuerza de súplicas como finalmente cede.

La verdad es muy distinta, puesto que el apóstol Pablo dice: „Antes de que pidáis, el Señor os da lo que necesitáis.“ El apóstol Juan dice entre otras cosas que „el Señor siempre nos oye favorablemente, porque hacemos las cosas que son agradables delante de él“. Y lo que le agrada es que realicemos el Reino en nuestro corazón. Lo que importa, pues, no es ocuparnos de nuestra salvación egoístamente, sino de la salvación de la humanidad.

Como nos lo revela la ley universal, sólo podemos hacernos el bien cuando lo hacemos primero a nuestro prójimo. Este es un punto luminoso que ilumina maravillosamente nuestro camino, y que los seres humanos no conocen para nada. Ellos no pasan por la hilera, y en vez de favorecerse, se perjudican.

Acerca de la oración, conviene manifestarla primero en alabanzas y acciones de gracias al Eterno. Debemos agradecerle por habernos enseñado la verdad, por habernos dado oídos para oír y un corazón para comprender.

Si sólo dependiera del adversario, este último nos impediría oír y comprender. Pero Dios ha puesto en el corazón de todos los seres humanos la esperanza de la eternidad. Este es el comienzo de la fe; evidentemente es un comienzo casi imperceptible.

Para que la fe pueda manifestarse verdaderamente, requiere esfuerzos enérgicos, para poner a un lado ciertas cosas que interceptan su acción. Debemos lograr finalmente poder decir con toda verdad del Eterno, que El nos oye siempre, porque hacemos lo que le agrada. Pero, para agradecerle es preciso hacer su voluntad, y esto nos cuesta algo.

¿Qué le agrada al Todopoderoso? Que nos ocupemos de nuestro prójimo; que seamos

amables, tiernos, afectuosos, llenos de buena voluntad, bien dispuestos y dóciles, deseosos de realizar el bello programa divino, la introducción del Reino de Dios en nuestros corazones y en nuestro alrededor. Por eso, ¡cuán útil, es que nos olvidemos de nosotros mismos, y cuán necesario que le seamos agradecidos al Señor por todo lo que nos concede!

El Señor siempre nos ha dado según nuestra fe. Lo esencial es estar profundamente agradecidos de lo que tenemos. Hay mentalidades tristes, también entre nosotros, que tienen la costumbre de siempre denigrar, de encontrar por dondequiera algo que no va. Un carácter así nunca es capaz de realizar un verdadero aprecio por todo lo que recibe tan amablemente de parte del Señor. Por consiguiente, con tal mentalidad no puede tener alegría ni sentirse verdaderamente feliz.

Todo esto revela un carácter deformado. Por eso, ¡cuán urgente es hacer lo necesario para mejorarnos! El descontento no proviene de lo que no recibimos; proviene de la maldad y de la dureza de nuestro corazón orgulloso. No son los demás que deben cambiar, sino que somos nosotros. Naturalmente, a veces hay que vencer dificultades; pero si contamos con el Eterno, todo lo podemos realizar continuamente para el bien y la bendición.

Es preciso velar con cuidado sobre nuestro corazón evitar absolutamente todos los pensamientos que no son legales. Sobre todo no debemos abandonarnos a la envidia ni a los celos. Nos codeamos tal vez con amigos que llevan vestidos más hermosos que los nuestros o que poseen cosas que no tenemos.

Pero si sabemos contentarnos con lo que tenemos, cuántos pensamientos amargos y reflexiones de todas clases nos evitamos, los cuales sólo hacen la guerra al alma, sepamos estar agradecidos de lo que recibimos. Entonces estaremos en el gozo y en la felicidad. Pues la felicidad está subordinada esencialmente a la situación de nuestro corazón.

Por tanto, es el carácter que debemos cambiar. Para ayudarnos a cambiarlo, es preciso que nos ocupemos de la obra de Dios, poniendo en ella todo nuestro corazón. Debemos superar dificultades y aguantar el calor del día; pero si desplegamos buena voluntad, el Señor da siempre la compensación en el momento oportuno. El Señor corona nuestros esfuerzos con su preciosa y santa bendición.

También hay la oposición del adversario, que con maldad pone trabas para impedir la introducción del Reino. Igualmente hay aquellos que no nos comprenden, que son antagonistas y que nos tienen rencor.

Por consiguiente conviene librar un combate, y si no confiamos todas las cosas en manos del Eterno, nos dejaremos desalentar por el adversario. Este nos intimidará, nos sugestionará, intentará acobardarnos con el temor o también con toda clase de adulaciones y de atractivos.

Si no velamos, seremos muy pronto vencidos e incapaces de recobrarlos. Es como una tortuga que, cuando se queda boca arriba, no puede recuperar su equilibrio. Si nos dejamos trabajar por el adversario, no tardará nada en dejarnos en este tan deplorable estado.

Será necesaria entonces una dura prueba, incisiva y cortante como la de una estocada. La prueba reavivará nuestra conciencia, nos permitirá levantarnos y reincorporarnos dócilmente en la escuela de Cristo. Pero es fácil evitar todos esos escollos y todas esas tergiversaciones si seguimos fielmente los principios de la legalidad.

Una cosa esencial a tener en cuenta es la gratitud, a la cual automáticamente acompaña el apego. Por tanto, es de rigor cultivar este precioso sentimiento y no descuidar ninguna oportunidad para adquirir este rasgo de carácter, que es para nosotros un punto de apoyo y una verdadera salvaguardia.

En cuanto a mí mismo, estoy profundamente agradecido de que el Señor haya dado su vida por mí. Quiero estimarlo cada día más, y también quiero aprender a amarle con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

No son cosas de poca monta aprender a amar a Dios y a nuestro querido Salvador. Para lograrlo es preciso subir los peldaños de la escalera que penetra en los santuarios de las moradas del Altísimo. Pero hay muchas cosas que tratan de retenernos abajo de la escalera, o de hacernos retroceder hacia abajo de los escalones que ya hemos logrado subir.

Los pensamientos que no corresponden a los caminos divinos y que dejamos arraigar en nuestro cerebro, son terribles enemigos de nuestra nueva criatura. Los celos, el rencor, la amargura, todo esto puede hacernos rodar de un solo golpe abajo de la escalera. Nos encontraremos entonces de nuevo abajo de la escalera y será preciso subir nuevamente.

Como lo dice un cántico: „Es preciso repetir la lección para cambiar“. Pues nuestro carácter es torcido y deformado, y para ver a Dios se requiere un corazón limpio. Por eso, saludemos con muy buena voluntad las pruebas que nos acontecen. Estas son preciosas ayudas que nos permiten mejorarnos.

Las instrucciones divinas las queremos sí o no. Si no las queremos, vamos a la destrucción. Mas si las seguimos, nos dirigimos entonces por el lado de la vida y de la bendición. Los caminos divinos son seguidos por nuestro organismo, y son los únicos que pueden darnos la alegría y la felicidad. Debemos desear asociarnos con toda nuestra alma a la obra del Eterno, como nos invita nuestro querido Salvador, diciéndonos: „Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas os serán dadas por añadidura.“

A Salomón Dios le dijo: „Pídeme lo que quieras que yo te dé“ A lo que él respondió: „Dame sabiduría para guiar al pueblo por el buen camino y para desempeñar fielmente mi ministerio.“ Esto le agradó al Eterno, y no solamente le dio una sabiduría fenomenal, sino que también riquezas, bienes y gloria por añadidura.

Los seres humanos están hechos para vivir para el bien y la bendición de su prójimo. Hemos abierto estaciones para poder dar la demostra-

ción de la bendición que resulta de semejante línea de conducta. Si esta demostración no pudiera ser dada en nuestras estaciones, éstas no tendrían su razón de ser. Las estaciones son inútiles si en ellas no se vive el programa. Si este fuera el caso sería preferible no tenerlas.

Por lo demás, fue así con el pueblo simbólico de Israel. Mientras este pueblo dio un buen testimonio, era una bendición. En cambio, cuando no vivió la ley, y que ningún símbolo del Reino de Dios podía ser manifestado, el pueblo de Israel no tuvo ya su razón de ser como demostración ni como símbolo.

Abraham dio un magnífico y maravilloso testimonio. Pero no todos los descendientes de Abraham siguieron en la misma hilera. Por eso, el Hijo muy amado de Dios les dijo a los judíos que habían venido a él: „Vosotros sois hijos de Abraham según la carne, pero esto no tiene ningún valor; los verdaderos descendientes de Abraham son los que tienen su fe“. En efecto, así es como Dios considera las cosas, y lo demás no cuenta para El. Dios mira el corazón y no la apariencia. En cambio, el adversario hace todo lo contrario.

El Eterno le hizo la promesa a Abraham de que en él y en su posteridad serían bendecidas todas las familias de la tierra. Mas la posteridad de Abraham no está formada de su descendencia según la carne, sino de su descendencia según el espíritu. Es por lo que nuestro querido Salvador les dijo también a estos mismos judíos: „Si fuerais hijos de Dios, me amaríais.“

Es nuestro afecto del corazón que da la prueba de que somos hijos de Dios. Si no les tenemos afecto a nuestros padres, no somos hijos verdaderos. Es así como el Eterno considera las cosas. Lo vemos, sus pensamientos no son como los que tienen los seres humanos.

El Eterno le había dado al hijo de la Aurora bendiciones en abundancia. La descripción que es dada de este ser glorioso en Ezequiel 28, nos muestra toda la gloria de que participaba. Era un querubín protector de alas extendidas, perfecto en belleza y grande en poder; tenía todo cuanto pudiera desearse.

Pero como el orgullo se apoderó de él, se rebeló en contra de su Padre. Contaminó sus santuarios y se convirtió en el enemigo de Dios. Desde aquel momento Dios no fue más su Padre, puesto que el hijo de la Aurora rompió voluntariamente el contacto y la armonía que tenía antes con el Eterno.

Todo es armonioso en el Reino de Dios. Si queremos existir siempre en este Reino, es preciso que nos pongamos en completa armonía con los caminos del Eterno, y con todos los seres que forman parte de su Reino. De esta manera podemos ver que los pensamientos sectarios y egoístas no pueden subsistir en el Reino de Dios, porque todos los seres están íntimamente vinculados entre sí.

Si conservamos en el corazón antagonismo en contra de quien sea, es ilusorio pensar formar parte del Reino de Dios. Por tanto, se trata de desembarazarnos totalmente de cualquier sentimiento amargo, malévolo, e incluso de un sentimiento de indiferencia. La indiferencia no tiene curso en el Reino; es un sentimiento completamente excluido de él.

En el Reino de Dios sólo hay simpatía, afecto, mutua abnegación, alegría en complacer y sentir felicidad cuando nuestro hermano y nuestra hermana son alabados. Si lo son más que nosotros, su gloria nos alcanza, puesto que pertenecemos a la misma familia.

¿Por qué, pues, querer conservar en nuestro corazón sentimientos de rivalidad? Es el adversario el que intenta sugerir todos estos pensamientos a los hijos de Dios para que entre ellos se rompa la armonía. Por tanto, se trata de rechazar con una fe firme al adversario con sus insinuaciones, para que se vea obligado a abandonar la partida.

Todos somos solidarios unos de otros, como nos lo enseña la parábola del buen samaritano. Este último recogió al desventurado tendido por el camino, y lo llevó a la posada. El dijo luego al mesonero: „Cuídamele bien, y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese“. Esto nos muestra hasta qué punto ha de llegar la abnegación que le debemos a nuestro prójimo.

No podemos decir: „Yo no conozco a tal o cual persona, no debo ocuparme de ella“. Nos debemos unos a otros, porque el Reino de Dios procura la bendición a todos los seres humanos sin excepción. Sólo aquellos que no lo deseen se privarán de él por su propia culpa.

El Eterno ha dado el primero el ejemplo de la abnegación y del sacrificio a favor de los seres humanos. En Juan 3: 16 se dice: „De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna“. Es con el sacrificio de nuestro querido Salvador que es dada a los seres humanos la posibilidad de beneficiarse nuevamente de la circulación del espíritu de Dios en su corazón.

Para que en nosotros esta circulación pueda establecerse de una manera activa y constante, el proceso a seguir consiste en abnegarnos a favor de nuestro entorno. De esta manera será fácil y abundante la circulación de la gracia divina, y pronto brotará la curación en nuestros corazones.

Nos beneficiamos de grandiosas manifestaciones, que nos muestran con qué poder puede obrar la gracia del Señor en un corazón que le sea completamente abnegado. Queremos, pues, desarrollar la gratitud en el fondo de nuestra alma hacia el Dador de todas las gracias excelentes y de todos los dones perfectos.

Queremos resistir a la influencia demoníaca, y dejarnos dirigir por el Señor. El nos habla con benevolencia y nos dice: „Dame, hijo mío, tu corazón y que tus ojos se complazcan en mis caminos.“

Preguntas para el cambio

– del carácter –

1. ¿Cómo reflejamos la luz del amor, y qué progresos hemos hecho en la dulzura, la humildad, la bondad y la misericordia?
2. ¿Hemos podido atraer al espíritu de Dios con nuestros esfuerzos, sido fervientes en la oración y contentos en la batalla?
3. ¿Hemos obtenido victorias sobre nuestra enemistad, progresado en la docilidad y podido vencer el viejo yo egoísta?
4. ¿Nos hemos podido regocijar con los éxitos del prójimo, desarrollar más fe, ser felices en la prueba y un instrumento de consuelo?
5. ¿Hemos agradecido todas las atenciones, sentido la aprobación divina, y sólo traído impresiones de paz y de bendición?
6. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en el afecto fraternal, y nuestras victorias sobre la impaciencia, la frialdad y el descontento?